

gracia renuncia á la razon; y por alcanzar una davia del cielo huella á sus plantas otra; y empeñado en querer que le alumbré Dios, se priva de las luces que le ha dado. ¿Quién somos nosotros para querer forzar á Dios á que obre un milagro?

Sabe V. que no hay cosa que no tenga su exceso vituperable, hasta la devoción que se convierte en desvario; la suya es muy pura para que nunca á este punto llegue; pero el exceso que al estravio conduce empieza antes de este, y debe V. desconfiar de aquel. Muchas veces la he oído desaprobando los éxtasis de los ascéticos. ¿Sabe V. de qué proceden? de gastar en la oracion mas tiempo del que permite la flaqueza humana. Entonces se agota el espíritu, se inflama la imaginación y representa visiones; se torna uno inspirado, profeta, y no hay juicio ni ingenio que del fanatismo preserve. V. se encierra con frecuencia en su gabinete, se recoge, y ora sin cesar; todavía no ve á los pietistas (1), pero ya lee sus libros. Nunca he vituperado su afición á los escritos del buen Fenelon: ¿pero que hace V. con los de su discípulo? Lee V. á Muralt, yo también le leo; pero yo escojo sus cartas, y V. su instinto divino. Vea V. cómo acabó; lastímese V. de los estravios de este prudente varón, y mire por sí propia. Muger piadosa y cristiana, ¿va V. á no ser mas que una devota?

Amada y respetable amiga, yo recibo los dictámenes de V. con la docilidad de un hijo, y le doy los míos con el celo de un padre. Desde que lejos de romper la virtud nuestros lazos los ha hecho indisolubles, se confunden las obligaciones de esta con los derechos de la amistad. A ambos nos convienen las mismas lecciones, y nos guía el mismo interés. Nunca se hablan nuestros corazones, nunca se topan nuestros ojos sin presentar á entrambos un objeto de

honor y gloria que al par nos realza, y siempre la perfección del uno importará al otro. Pero si son comunes las deliberaciones no lo es la decisión que á V. solo compete. V. que siempre hizo mi suerte, no cese de ser arbitra de ella; pose mis reflexiones y falle, cualquiera cosa que de mí disponga, me someto á ella; será digno á lo menos de que no cese de guiarme. Aunque no haya de volver á ver á V. siempre la tendré presente; siempre presidirá á mis acciones; aunque me prive del honor de educar á sus hijos, no me privará de las virtudes que de V. he aprendido que son las hijas de su alma, la mía las adopta, y nada puede robárselas.

Hábleme V. sin rodeos, Julia. Ahora que le he explicado con claridad mi sentir y mi modo de pensar, dígame lo que debo hacer. V. sabe hasta que punto está unida mi suerte con la de mi ilustrado amigo. No le he consultado en este lance, y no le he enseñado esta carta ni la de V. Si sabe que desaprobaba V. su proyecto, ó mas bien el de su esposo, é mismo le desaprobaba; yo estoy muy lejos de sacar de esto un reparo contra los escrúpulos de V., solo si conviene que los ignore hasta que esté resuelta. Entretanto hallaré pretextos para dilatar nuestro viaje, que podrá estrañar, pero que ciertamente le harán detenerse. Yo por mí mas quiero no verla á V. mas, que verla para volver á dejarla. Aprender á vivir como forastero en casa de V. es un desaire que no he merecido.

CARTA VIII.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A SAN PREUX.

BIEN está; ya tenemos su imaginación de V. echada á volar, y porque? por las mas seguras pruebas de estimación y cariño que en toda mi vida le tenía dadas; por las reflexiones pacíficas

que me inspira el deseo de su verdadera felicidad; por la mas obsequiosa, mas útil y mas digna propuesta que le haya sido hecha; por el anhelo, imprudente acaso, de unir á V. con mi familia en indisolubles vinculos; por el deseo de hacer mi aliado y mi pariente á un ingrato que cree ó finge creer que no le quiero por amigo. Para salir de la inquietud en que al parecer esta V., no tenia que hacer mas que entender lo que le escribo en su natural sentido. Pero mucho tiempo ha que se complace en atormentarse con sus propias injusticias. Su carta de V. es como su vida, sublime y rastrera, llena de fuerza y puerilidades. Querido filósofo, ¿no ha de dejar V. nunca de ser niño?

¿De donde ha sacado V. que quisiese yo romper con él, imponerle leyes, y, sirviendome de sus terminos, enviarle al cabo del mundo? Ingenuamente, habla V. que sea ese el espíritu de mi carta? Muy al contrario; disfrutando de antemano de la satisfacción de vivir con V., he temido los inconvenientes que la podían turbar, me he ocupado en los medios de obviar estos inconvenientes por un medio grato y suave, proporcionando á V. una suerte digna de su merito y de la amistad que le profeso. Esta es toda mi culpa, y me parece que no habia para que alterarse tanto.

Es una sinrazon en V., amigo mio, porque no ignora cuanto le amo, pero gusta que se lo repitan; y como no me complazco yo menos en repetirlo, es facil alcanzar lo que quiere, sin necesidad de quejas y enfados.

Esté V. cierto de que si le es grata su mansion aqui, no menos lo es para mí, y de que de todo cuanto el señor de Wolmar por mí ha hecho, ninguna cosa tanto le he agradecido como el afan que en llamar á V. á su casa y ponerle en estado de que en ella viviera se ha tomado. Con gusto confieso que somos útiles uno á otro. Mas capaces de seguir buenos consejos que de tomarlos por nosotros mismos, ambos necesitamos guía. ¿Y quien mejor sabrá lo que para el uno conviene que el otro que tan bien le conoce? Quien mejor conocerá el pe-

ligro de estraviarse por todo lo que cuesta una penosa conversion? Que objeto puede acordarnos mas bien este peligro? En presencia de quien nos avergonzaríamos tanto de envilecer tamaño sacrificio? Despues de haber roto tan caros lazos, no debemos á su memoria no hacer nada que sea indigno del motivo que nos forzó á romperlos? Si; quiero conservar á V. la fidelidad de llamarle siempre por testigo de todas las acciones de mi vida, y de decirle á cada afecto que me anime: esto ha sido lo que le he preferido. Ah, amigo mio, yo sé honrar lo que tan bien ha sentido mi corazón. En presencia de toda la tierra puedo ser fragil, pero respondo de mí en la suya.

En esta delicadeza que siempre el verdadero amor sobrevive, mas antes que en las sutiles observaciones del señor de Wolmar, se ha de buscar la razon de aquella elevacion de animo y aquella fuerza interior que experimentamos uno cerca de otro, y que creo yo que igualmente que V. siento. Esta es á lo menos mas natural, mas honrosa para nuestros corazones que la suya, y vale mas para alentarse á obrar bien; con lo cual basta para preferirla. Así, crea V. que lejos de estar en la estravagante disposicion en que me supone, me hallo en otra diametralmente opuesta; que si fuera menester renunciar al proyecto de reunirnos tendria esta mudanza á mucha desdicha para V., para mí, para mis hijos, y para mi propio marido, á quien, como V. sabe, cabe mucha parte de las razones que tengo para desear que esté V. aqui. Pero hablando solo de mi particular inclinacion, acuerdese V. del instante de su llegada: ¿denoté yo menos júbilo de verle que V. de reunirse conmigo? le ha parecido que fuese su mansion en Clarens enfadosa ó desagradable para mí? Ha pensado que veía marchar á V. con gusto? He de ir mas adelante y hablar con mi acostumbrado candor? Confieso á V. sin rodeos que el tiempo mas delicioso de mi vida ha sido los últimos seis meses que juntos hemos pasado, y que en este corto intervalo he disfrutado todos los bienes de que mi sensibilidad me habia dado la idea.

(1) *Especie de locos, que habian dado en la manía de ser cristianos, y seguir á la letra el Evangelio; como con poca diferencia lo son hoy los Metodistas en Inglaterra, los Moravos en Alemania, los Jansenistas en Francia; notando sin embargo que á estos últimos no les falta mas que ser los amos para ser inhumanos y mas intolerantes que sus enemigos.*

Nunca me olvidaré de un día de este invierno, que despues de haber leído juntos la relacion de los viajes de V. y la de las aventuras de su amigo, cenamos en el salon de Apolo; y pensando en la felicidad que me dispensaba Dios en este mundo veía en torno de mí à mi padre, à mi marido, à mis hijos, à mi prima, à milord Eduardo, à V. sin hablar de su Paca, que no echaba à perder el grupo, y reunido todo esto para la dichosa Julia. Decia yo entre mí: este reducido aposento contiene todo cuanto ama mi corazon, y acaso todo lo mejor que hay en la tierra; estoy rodeada de todo cuanto me interesa; aquí está para mí todo el universo; gozo de consuno del afecto que tengo à mis amigos, del que ellos me pagan, del que se tienen uno à otro; su reciproca benevolencia ó procede de mí ó se refiere à mí; nada veo que no dilate mi ser, nada que le divida, está en todo lo que me rodea, no queda porcion ninguna lejos de mí, nada tiene ya que trabajar mi imaginacion, nada tengo que apeteer; sentir y disfrutar son para mí una misma cosa, vivo à un tiempo en todo cuanto amo, y me sacio de felicidad y vida. O muerte, ven cuando quieras, ya no te temo, he vivido, y te he gauado por la mano; ni me quedan nuevos afectos que conocer, ni puedes tú robarme ninguno.

Cuanto mas he gozado la satisfaccion de vivir con V. mas grata era para mí hacerla perpetua; y mas inquietud me causaba todo cuanto turbarla podia. Dejemos por un momento à un lado esa medrosa moral y esa pretensa devocion que V. me achaca, convenga à lo menos en que consistia todo el embeleso de la sociedad que entre nosotros reinaba en aquella manifestacion de los corazones que hacia comunes todos los afectos, todos los pensamientos, porque reconociendose cada uno como debia ser se mostraba à todos como era. Spongá V. por un instante algun secreto embrollo, algun trato que sea menester esconder, algun misterio y recato; al instante se desvanece toda la satisfaccion de verse, se halla uno molesto en presencia de

otro; procuran todos esconderse; cuando estan reunidos se quisieran separar; la circunspeccion y el bien parecer traen consigo la desconfianza y la repugnancia. ¿Como se han de amar mucho tiempo aquellos que se temen? El uno se torna importuno al otro. ¡Julia importuna!... importuna para su amigo! no, no puede ser eso; nunca hay que recelar otros males que los que se pueden sufrir.

Manifestando à V. ingenuamente mis escrúpulos, no he pretendido mudar sus resoluciones, sino iluminarlas, para que no fuese que tomando una determinacion, cuyas consecuencias todas no hubiese previsto, se tuviera que arrepentir de ella, cuando no se atreviera à volverse atras. En cuanto à los recelos que no ha tenido el señor de Wolmar, no le toca à él tenerlos, sino à V., porque nadie es juez del peligro sino V. mismo. Reflexionelo bien, dígame luego que no existe y no pienso mas en él, porque conozco su rectitud, y no me desconfio de sus intenciones. Si el corazon de V. es capaz de una culpa inopinada, es ciertísimo que nunca cupo en él un mal premeditado, y esto es lo que al hombre fragil del malo distingue.

Por otra parte, aun cuando fuesen mas solidas mis objeciones de lo que me complazco yo en creer que sean, ¿porque hemos de poner la cosa en lo ultimo, como V. hace? Yo no pienso que hayan de tomarse precauciones tan estremadas. ¿Se trata por eso de romper al punto todos los proyectos de V. y de que nos abandone para siempre? No, amable amigo mio, no son necesarios tan tristes remedios. Niño aun en cuanto à la cabeza, es ya viejo su corazon. Las fuertes pasiones apagadas traen de las otras, y la paz del animo que à ellas se sigue es el unico afecto que con el gozo crece. Un corazon sensible teme el sosiego que no conoce; cuando le ha disfrutado una vez ya no quiere perderle. Comparando dos estados tan opuestos aprende à preferir el mejor, pero para compararlos es menester conocerlos. Yo por mí veo el instante de la seguridad de V. mas inmediato acaso de lo que V.

mismo cree. Ha sido muy estremado su afecto para que dure su sensibilidad mucho tiempo; ha amado en demasia para que no se torne indiferente; no se vuelve à encender la ceniza que sale del borno; pero es menester esperar à que esté todo el rescoldo consumido. Con algunos años mas de atencion en V. proprio ya no tendrá que correr riesgo ninguno.

La suerte que destinaba yo à V. hubiera aniquilado todo peligro; pero ademas de esta consideracion era sobrado feliz para que por sí misma fuese apetecida; y si la delicadeza de V. no le permite ser osado à aspirar à ella, no necesito que me diga lo que ha podido costarle este sacrificio; pero me temo que con sus razones de V. conspiren pretextos mas especiosos que solidos; me temo que ufano de cumplir empeños de que todo le dispensa y que à nadie interesan ya, se finja una engañosa virtud en no sé que vana constancia, mas que de alabanza digna de vituperio, y de hoy mas fuera de razon. Ya se lo he dicho à V. otra vez; es nuevo delito guardar un juramento ilicito, si el suyo no lo era, lo es ahora, y eso basta para anularle. La palabra que sin cesar es menester cumplir es la de ser hombre de bien, y siempre firme en su obligacion; mudar cuando esta mudá no es ligereza, que es constancia. Acaso hizo V. bien entonces en prometer lo que ahora haria mal en cumplir. Haga en todos tiempos lo que exige la virtud y no se desdecirá jamas.

Y si entre los escrúpulos de V. hay alguna objecion solida la podremos examinar despacio; entre tanto no siento mucho que no haya admirado mi idea con el mismo ardor que yo, para que le sea menos sensible mi atolondramiento, si ha sido uno. Este proyecto le habia yo meditado durante la ausencia de mi prima. Desde su regreso y la partida de mi carta, habiendo tenido con ella algunas conversaciones generales acerca de un segundo matrimonio, me ha parecido repugnarle tanto esta idea, que me temo no obstante la inclinacion que à V. sé que le tiene, fuese necesario usar mas autoridad de la que me conviene para vencerla aun en

su favor; porque hay un punto en que debe el imperio de la amistad respetar el de las voluntades, y los principios que se forma cada uno, arbitrarios en sí, pero relativos al estado del corazon que se los impone.

Confieso à V. sin embargo que aun persisto en mi proyecto. Nos conviene tanto à todos; le sacaria à V. con tanto honor del estado precario en que en el mundo vive; de tal modo confundiria nuestros intereses; convertiria en una obligacion tan natural esta amistad que nos es tan grata: que no puedo renunciarle enteramente. No, amigo mio, nunca me podrá V. pertenecer de muy cerca, y aun no me basta con que sea mi primo: ah! quisiera que fuera mi hermano.

Sea lo que fuere de estas ideas, haga V. mas justicia à los afectos que le profeso, disfrute sin tasa de mi amistad, mi confianza y mi estimacion; acuerdese de que nada tengo yo que mandarle, y de que creo que no lo necesito. No me prive del derecho de darle consejos, mas no se imagine que nunca los convierta en preceptos. Si cree V. que puede habitar en Clarens sin riesgo, venga, viva aquí, será mi mas dulce satisfaccion. Si cree que debe consagrar algunos años de ausencia à las reliquias siempre sospechosas de una impetuosa juventud, escribame V. con frecuencia, venga à vernos cuando guste, mantengamos la mas intima correspondencia. ¿Que pena no suaviza este consuelo? que ausencia no se hace verdadera con la esperanza de acabar juntos la vida? Mas haré: estoy pronta à fiar de V. uno de mis hijos: mejor creeré que estará en sus manos que en las mías; cuando me la traiga no sé de cual de los dos será para mí la vuelta mas grata. Si vuelto totalmente en su acuerdo, destierrá V. al fin sus quimeras y quiere merecer à mi prima, venga, amela, obsequiela, acabe de agradarle (de verdad creo que ya ha empezado); triunfe de su corazon y de los estorbos que opone; yo le aydaré con todo mi poder; finalmente haga la felicidad de los dos, y nada faltará à la mía. Pero sea cual fuere la determinacion que despues de pensada con

seriedad tome V., tomela con toda confianza, y no agravie à su amiga acusandola de que desconfia de V.

A poder de pensar en V. me olvido de mi: sin embargo es menester que llegue mi turno, porque hace en las disputas con sus amigos lo que con su contrario al ajedrez, que acomete defendiendose. Discúlpase V. de ser filosofo acusandome de que soy devota; que es como si hubiera yo renunciado al vino cuando se embriagó V. ¿Conque en su dictamen soy yo devota, ó voy à serlo? Sea así: ¿mudan acaso las denominaciones despreciativas la esencia de las cosas? Si es cosa buena la devoción, que malo es tenerla? Pero acaso es esta voz muy baja para V.: la dignidad filosofica se desdena de un culto vulgar, quiere servir à Dios con mas nobleza, y encumbra hasta el cielo su soberbia y su presuncion. ¡O pobres filosofos!... Volvamos à mí.

Desde niña he amado la virtud, y en todos tiempos he cultivado mi razon. Con buenos sentimientos y luces he querido gobernarme, y me he conducido mal. Antes de quitarme el conductor que he escogido, deme V. otro con quien pueda contar. ¡Buen amigo mio, siempre soberbia por mas que hagamos! Ella es la que à V. le encumbra, y ella la que à mi me ha humillado. Yo creo que valgo tanto como cualquiera otra, y otras mil han vivido mas castas que yo; luego tenian recursos que à mi me faltaban. ¿Porque teniendo buena indole he necesitado esconder mi vida? porque aborrecia el mal que en mi despecho hacia? Porque solo mis fuerzas conocia, y no han podido estas bastarme. Toda la resistencia que se puede sacar de sí propia, creo que la hice, y no obstante me rendí. ¿Como hacen las que resisten? Tienen mejor animo.

Despues de haberle tomado à ejemplo suyo, he hallado en esta eleccion otra utilidad en que no habia pensado. Mien-

tras reinan las pasiones ayudan à sufrir los tormentos que causan, manteniendo la esperanza al lado del deseo. Mientras que desea el hombre puede vivir sin ser feliz, porque aguarda siempre à serlo; si no viene la felicidad se alarga la esperanza, y dura el embeleso de la ilusion tanto como la pasion que la causa. De suerte que se basta este estado à sí propio, y es la inquietud que ocasiona una especie de gozo que por la realidad suple.

Que vale mas acaso. ¿Desdichado del que nada tiene que desear! pierde, por decirlo así, todo cuanto posee. Menos se disfruta lo que se alcanza que lo que se espera, y solo es uno feliz antes de ser feliz. Efectivamente el hombre ansioso y limitado que lo apetece todo, y logra muy poco, ha recibido del cielo una fuerza consoladora, que aproxima à él todo cuanto desea; que lo sujeta à su imaginacion, que se lo hace presente y sensible, que se lo entrega en algun modo, y para hacerle mas grato este su imaginario dominio, à guisa de su pasion lo modifica. Pero en presencia del objeto mismo se desvanece todo este prestigio à los ojos de su poseedor; nadie se figura lo que ve; no orna la imaginacion con sus brillantes colores lo que uno posee; y cesa la ilusion donde el gozo empieza. El unico digno de ser habitado en este mundo es el pais de las quimeras; y tal es la nada de las cosas humanas, que fuera del Ser por sí mismo existente, uada hermoso hay sino lo que no hay.

Si no siempre se verifica este efecto en el objeto particular de nuestras pasiones, es infalible en el afecto comun que à todas las comprende. Vivir sin pesar no es estado del hombre; vivir así es estar muerto. El que todo lo pudiese, sin ser Dios, seria una criatura miserable, porque estaria privado del gusto de desear, cualquiera otra privacion seria menos insufrible (1).

(1) De aqui se infiere que quien aspira al despotismo aspira al honor de morirle de fastidio. Si en cualquier reino del mundo busca uno al sugeto mas fastidiado del pais, vívase siempre al soberano en deréctura, especialmente si es muy absoluto. Certo que merecia esto la pena de hacer à tantos infelices; ¿no se podia fastidiar à menos costa?

Esto es lo que en parte experimento despues de mi casamiento, y despues de su vuelta de V. En todas partes no veo sino objetos de satisfaccion, y no estoy satisfecha; se insinua cierto descaecimiento en lo interior de mi corazon, le siento hinchado y vacio, como decia V. otro tiempo del suyo; no me basta el cariño que tengo à todo cuanto quiero para ocuparle, y me queda una fuerza inútil que no sé que hacer con ella. Esta pena es muy rara, convengo en ello, pero no deja de ser real. Amigo mio, soy muy feliz, la felicidad me fastidia (1).

Conoce V. algun remedio para este hastio del estar bien. Yo por mí confieso que un afecto tan falto de razon, y tan involuntario ha quitado à la vida mucha parte del precio que para mí tenia, y no imagino que especie de gusto pueda hallarse en ella que à mí me falte, ó que me baste. ¿Será otra mas sensible que yo? querrá mas à su padre, à su marido, à sus hijos, à sus amigos? será mas querida de ellos? vivirá una vida mas de su gusto? tendrá mas libertad para elegir otra? disfrutará mas salud? tendrá mas recursos contra el hastio, mas vinculos que con el mundo la estrechen? Y no obstante vivo con zozobra; no sabe mi corazon lo que le falta, y desea sin saber que.

Así no hallando nada en la tierra que le baste, ansiosa mi alma busca en otra parte con que satisfacerse subiendo à la fuente del sentimiento y la existencia, pierde allí su sequedad y descaecimiento, resucita, se alienta, encuentra una nueva actividad, bebe vida nueva, toma otra existencia que no está conexa con las pasiones corporales; ó mas bien no está en sí misma, está toda en el Ser inmenso que contempla, y desprendida por un instante de sus grillos, se consuela cuando à ellos vuelve por esta prueba de un estado mas sublime que espera que ha de ser el suyo un dia.

Se sonrie V.: ya entiendo mi buen

amigo, yo misma he fallado mi propio juicio desaprobando un dia este estado de oracion que confieso que amo hoy. A esto no tengo mas que una cosa que responder, y es que no le habia experimentado. Tampoco pretendo justificarle de todos modos, ni digo que sea un contento prudente, solo digo que es muy dulce, que suple por la intima conciencia de la felicidad que se agota; que llena el hueco del alma, y añade interés à la vida pasada por la meditacion de ella. Si algun mal ocasiona, sin duda es menester desecharle, tambien es menester desecharle si engaña el corazon con ilusorios gozos. Pero finalmente, ¿quien está mas firme en la virtud, el filosofo con sus grandes principios, ó con su sencillez el cristiano? cual es mas feliz de este mundo, el sabio con su razon, ó el devoto con su delirio? Que necesidad de imaginar ni de pensar tengo en un momento en que se hallan enagenadas todas mis facultades? Su deleite tiene la embriaguez, decia V.; enorabuena, pues esto delirio es uno de ellos. Oh dejéme V. en un estado agradable para mí, ó dígame como me puedo hallar mejor.

He desaprobado los éxtasis de los místicos, y los desapruébo todavía cuando nos desprenden de nuestras obligaciones, y nos dan hastio à la vida activa con los embelesos de la contemplacion, conduciendonos à ese quietismo à que me cree V. tan inmediata, y del cual me creo yo tan distante como V.

Servir à Dios no es pasar la vida hincada de rodillas en un oratorio; bien lo sé; es cumplir en la tierra con las obligaciones que nos impone, es hacer con el fin de agradarle todo cuanto con el estado en que nos ha colocado conviene:

Acepta el corazon, y es de su agrado Que cumpla el hombre lo que está obligado.

Primero es menester hacer lo que uno debe, y orar luego cuando puede; esta

(1) ¡Que, Julia tambien se contradice! Ah; mucho me temo, embelesadora devota, que no esté de acuerdo consigo propia. Con todo confieso que me parece esta carta el canto del cisne.

es la regla que procuro yo seguir. El recogimiento que V. en mi vitupera no le tomo por ocupacion, sino por recreo, y no entiendo porque entre los gustos que soy arbitra de disfrutar me haya de privar del mas suave y mas inocente de todos.

Me he examinado con mas atencion despues de su carta de V.; he estudiado los afectos que en mi alma produce esa inclinacion que tanto parece que le desazona; y hasta aqui no puedo ver nada en ella que me haga temer, à lo menos por lo pronto, del abuso de una mal entendida devocion.

Lo primero no tengo à este ejercicio tan viva afeccion que me haga padecer cuando de él me privo, ni me pongo de mal humor cuando me distraen. Tampoco me causa distracciones en el curso del dia, ni me da impaciencia ó hastio para el cumplimiento de mis obligaciones. Si es necesario para mí alguna vez mi retrete, es cuando me agita alguna emocion tanto que no me hallaria tan bien en ninguna otra parte: alli volviendo en mí recobro la calma de mi razon. Si me turba algun cuidado; si me aflige alguna pena, alli la voy à depositar. Se desvanecen todas estas miserias en presencia de un objeto mayor. Contemplando todos los beneficios de la Providencia, me avergüenzo de ser sensible à tan mezquinas pesadumbres, y olvidar gracias tan copiosas. No necesito meditaciones largas ni frecuentes. Cuando en despecho mio me signe la tristeza, algunas lagrimas vertidas ante el que consuela alivian al instante mi corazón. Nunca son amargas ni dolorosas mis reflexiones, y hasta mi arrepentimiento está exento de temores. Mis yerros me causan mas vergüenza que temor; tengo dolor y no remordimientos. El Dios que yo sirvo es un Dios clemente, un padre; su bondad es lo que me mueve; esta borra à mis ojos todos sus atributos, y es el unico que concibo. Su poder me asombra, su inmensidad me confunde, su justicia... Ha hecho al hombre flaco, y puesto que es justo es clemente. El Dios de las venganzas es el Dios de los malos; yo ni puedo temerle

para mí, ni implorarle contra otro; Ó Dios de paz, Dios de bondad! tu eres quien yo adoro; de ti, lo conozco, soy hechura; y espero hallarte el dia del juicio final el mismo que con mi corazón hablas durante mi vida.

No puedo esplicar à V. de cuanto suavidad llenan estas ideas mi vida, y de cuanto júbilo lo intimo de mi corazón. Cuando de mi gabinete con estas disposiciones salgo, me siento mas ligera y mas alegre; todas mis penas se disipan; todas mis perplexidades desaparecen; nada hay aspero, nada angustoso; todo se torna facil y fluido, todo toma à mis ojos un aspecto mas riante; no me cuesta nada la complacencia; quiero mas à los que quiero, y soy para ellos mas agradable; mi propio marido está mas satisfecho con mi buen humor. La devocion, dice, es el opio del alma: divierte, anima y fortalece cuando se toma poco, una dosis sobrada fuerte aletarga, ó vuelve loco, ó mata. Espera no llegar à este punto.

Ya ve V. qué no me ofendo con este título de devota tanto acaso como hubiera V. deseado; pero tampoco le doy todo el valor que se pensaba. No me gusta por ejemplo que hagan profesion de este estado con un exterior afectado, y como de una especie de cargo que de cualquiera otro dispensa. Así era madama Gnyon, de quien V. habla; hubiera à mí ver hecho mejor en cumplir con esmero con sus obligaciones de madre de familias, en educar con cristianidad à sus hijos, en gobernar bien su casa, que en componer libros devotos, disputar con obispos y hacer que la llevaran à la Bastilla por cavilaciones incomprendibles. Tampoco me gusta ese estilo místico y figurado que mantiene el corazón con las ilusiones de la imaginacion, y sustituye al verdadero amor de Dios afectos imitados del amor terrenal, y en demasia capaces de escitarle. Cuanto mas tierno tiene uno el corazón y mas viva la imaginacion, mas debe evitarse lo que à moverlos conduce; porque al cabo ¿como se han de ver las relaciones del objeto místico, si no se ve tambien el objeto sensual? y como se atreve à

imaginar con serenidad una muger honrada cosas que no se atreveria à mirar (1)?

Pero lo que mas aversion à los devotos de profesion me ha inspirado es su aspereza de costumbres que los hace insensibles à la humanidad, es la escensiva soberbia con que miran con ceño à los demas del mundo. Si desde su sublime elevacion se dignan alguna vez bajarse à algun acto de bondad, es con modos que tanto afrentan, se compadecen de los otros con un tono tan cruel, es tan rigurosa su justicia, es tan dura su caridad, es tan amargo su celo, se semeja tanto su menosprecio al odio, que hasta la insensibilidad de los mundanos es menos inhumana que su conmiseracion. El amor de Dios les sirve de disculpa para no amar à nadie, y ni tampoco se aman unos à otros. ¿Se ha visto nunca amistad sincera entre devotos? Pero cuanto mas de los hombres se desprenden, mas exigen de ellos, y diria uno que no se elevan à Dios sino para ejercitar su autoridad en la tierra.

A todos estos abusos siento yo dentro de mí una repugnancia que me debe preservar de ellos; si incurro en ellos será ciertamente contra mi voluntad, y de la amistad de todos cuantos cerca de mí viven espero que no dejarán de avisarme. Confieso à V. que por mucho tiempo he estado acerca de mi marido en una zozobra, que acaso al cabo hubiera alterado mi caracter. Por fortuna la juiciosa carta de milord Eduardo, à que con tanta razon me remite V., sus consolatorias y convincentes platicas y las de V. han desvanecido enteramente mis temores y mudado mis principios. Veo que no puede ser menos de que la intolerancia endurezca el alma. ¿Como es posible amar con ternura à hombres que se reprueban? que caridad podemos conservar viviendo entre condenados? amarlos fuera aborrecer à Dios que

los castiga. ¿Queremos ser humanos? juzguemos de las acciones y no de los hombres; no usurpemos el horrible cargo de los demonios, no abramos tan à la ligera el infierno à nuestros hermanos. Ah; si para aquellos que se engañan estuviera destinado, ¿que mortal pudiera evitarle?

¡Oh, amigos míos, de que carga habeis aliviado mi corazón! Enseñandome que no es delito el error, me habeis librado de mil escrupulos que me agitaban. Ahora dejo aparte la sutil interpretacion de los dogmas que no entiendo; me atengo à las luminosas verdades que dan en los ojos, y convencen la razon, à las verdades practicas que de mis obligaciones me instruyen; en todo lo demas la regla que he adoptado es la respuesta de V. al señor de Wolmar (2). ¿Es uno arbitrio de creer ó no creer? es un delito no haber sabido argumentar bien? No; la conciencia no nos dice la verdad de las cosas, sino la regla de nuestras obligaciones; ni nos instruye à discurrir con arte, sino à obrar bien. ¿En que puede mi marido ser culpado ante Dios? Aparta acaso los ojos de él? el mismo Dios ha velado su rostro. No huye de la verdad; la verdad es la que huye de él. No le guia la soberbia; no quiere descarrillar à nadie, y celebra que no piensen como él; le agrada nuestro sentir, quisiera que fuera el suyo, y no puede; nuestra esperanza, nuestros consuelos son para él inaccesibles. Obra bien sin aguardar recompensa; es mas virtuoso y mas desinteresado que nosotros. Ay! digno es de compasion. Pero porque ha de ser castigado? No, no; la bondad, rectitud, buenas costumbres, honradez, virtud; eso es lo que exige, y remunera el cielo, ese es el verdadero culto que requiere Dios de nosotros, y que le tributa él todos los dias de su vida. Si juzga Dios de la fe por las obras, ser hombre de bien es creer en

(1) Me parece tan sólida y tan sin réplica esta objecion, que si el menor poder en la iglesia tuviera le emplearia en hacer quitar de nuestro código sagrado el cantar de los cantares, y sentiria mucho que hubiesen tardado tanto en hacerlo así.

(2) Véase la quinta parte, carta III.

él. El hombre justo es el verdadero cristiano, y los malos los verdaderos incredulos.

No estrañe V. por tanto, amable amigo mio, que no dispute con V. acerca de muchos puntos de su carta sobre los cuales no somos del mismo dictamen; sé muy bien lo que V. es para curarme de lo que cree. ¿Que me importan todas estas ociosas cuestiones acerca de la libertad? Ora sea yo libre para querer por mi propia lo que es bueno, ora alcance esta libertad por medio de la oracion, si al cabo hallo medio para obrar bien, ¿no se reduce à lo mismo? Ya sea que solicitandolo me dé lo que me falta, ó ya que lo otorgue Dios à mis ruegos; si siempre es menester que lo pida para alcanzarlo, que otra explicacion necesito? ¿Pues que tenemos la dicha de estar acordes en los puntos principales de nuestra creencia, que mas queremos? ¿Intentamos penetrar los abismos de la metafísica que ni fondo tiene ni orilla, y perder disputando acerca de la esencia divina el tiempo tan corto que para honrarla nos ha dispensado? Ignoramos lo que es, pero sabemos que existe; con esto nos basta; en sus obras se manifiesta, y en lo interior de nuestros corazones la sentimos. Bien podemos disputar contra ella, pero no desconocerla de veras; nos ha dado el grado de sensibilidad que la toca y la palpa; compadecemos de aquellos à quienes no se le ha repartido, sin que nos lisonjemos de iluminarlos à falta de él. ¿Quien de nosotros hará lo que no quiso Dios hacer? Respetemos en silencio sus decretos, y cumplamos con nuestra obligacion, que es el mejor medio de enseñar à los demas la suya.

¿Conoce V. à uno mas lleno de razon y juicio que el señor de Wolmar? à uno mas sincero, mas recto, mas justo, mas veridico, menos entregado à sus pasiones, que mas tenga que esperar de la divina justicia, y de la inmortalidad del alma? Conoce V. à otro mas fuerte, mas sublime, mas grande, mas fulminante en la disputa que milord Eduardo, mas digno por su virtud de defender la causa de Dios, mas convencido de

su existencia, mas penetrado de su majestad suprema, mas celoso de su gloria, mas capaz de defenderla? V. ha visto lo que por espacio de tres meses ha sucedido en Glarens; ha visto à dos sujetos llenos de estimacion el uno al otro, por gusto y por estado enemigos de todas las argucias escolasticas, pasar un invierno entero en disputas serenas y metodicadas, pero vivas y profundas. Procurando ilustrarse reciprocamente, acometerse, defenderse, agarrarse por cuantos asideros puede tener el entendimiento humano, sobre una materia en que teniendo ambos el mismo interes à nada aspiraban mas que à estar conformes.

Que ha sucedido? La mutua estimacion de ambos se ha aumentado, pero se ha quedado cada uno en su sentir. Si no sana este ejemplo para siempre à todo hombre juicioso de la mania de disputar, no le mueve mucho el amor de la verdad, y lo que procura es lucir.

Yo por mi abandono esta inutil arma, y he resuelto no hablar à mi marido en una palabra de religion, como no sea cuando de dar cuenta de la mia se trate; no porque la idea de la tolerancia divina me haya hecho indiferente acerca de la necesidad que de ella tiene, que confieso à V. que serena sobre su suerte venidera, no por eso siento disminuido mi fervor por su conversion. A precio de mi sangre querria verle una vez convenido, sino por su felicidad en el otro mundo, por su felicidad en este. Porque, ¿de cuantos deleites no está privado? que esperanza en sus penas puede consolarle? que espectador anima las buenas acciones que en secreto hace? que voz puede hablar en lo interior de su alma? que recompensa puede aguardar de su virtud? como debe contemplar la muerte? No; espero que no la aguarde en este horrendo estado. Un recurso me resta para sacarle de él, y le consagro todo lo que me queda de vida, que no es convencerle, sino moverle; es mostrarle un ejemplo que le arrastre; y hacerle tan amable la religion que resistirse à ella no pueda. Ah! amigo mio, que argumento es contra el incredulo la

vida de un verdadero cristiano! Cree V. que haya una alma que à este pueda no rendirse? Esta es la tarea que de hoy mas me impongo, ayudenme Vds. todos à desempeñarla. Wolmar es tibio, mas no insensible. ¿Que espectáculo podemos ofrecer à su corazon cuando de consuno sns amigos, sus hijos, su muger contribuyan todos à instruirle edificandole! Cuando sin predicarle à Dios en sus platicas se le manifesten en las acciones que inspira, en las virtudes cuyo autor es, en el embeleso que en agradarle se encuentra! Cuando vea brillar en su casa la imagen del cielo! cuando se vea forzado à decirse cien veces al día: no, no es así el hombre por sí propio, alguna cosa superior à la humanidad reina aquí!

Si acomoda à V. esta empresa, si se halla digno de contribuir à ella, venga; pasemos juntos nuestros años, y no nos separemos mas hasta la muerte. Si desagradada ó asusta à V. el proyecto, consulte con su conciencia que ella le dicará su obligacion. Nada mas tengo que decirle.

Segun nos avisa milord Eduardo, los aguardo à Vds. dos à fines del mes proximo. No conocerá V. su cuarto, pero en las mudanzas que en él hallará reconocerá el esmero y el corazon de una buena amiga que ha tenido particular gusto en adornarle. Tambien hallará una coleccioncita de libros que en Ginebra ha escogido, mejores y de mejor gusto que el *Adonis*, aunque tambien este se halla por chanza. Pero sobre esto, punto en boca, porque no quiere que sepa V. de donde esto ha venido, y por

eso me doy prisa à escribirselo, antes que me mande que no se lo diga.

A Dios amigo mio. Nuestra funcion del castillo de Chillon (1) à que debiamos ir todos juntos está aplazada para mañana, y se celebrará sin V. No por eso será mas divertida, aunque voy con gusto à ella. El señor Bailio nos ha convidado à ir con nuestros hijos, y así no nos ha quedado disculpa. Pero no sé porque quisiera estar ya de vuelta.

CARTA IX.

DE PACA ANET A SAN PREUX.

Ah señor! ah bienhechor mio!... que es lo que me encargan que diga à V... la señora.... mi pobre ama.... Ay Dios! ya estoy viendo su susto de V... Pero V. no ve nuestro desconsuelo.... No tengo un instante de vagar; es preciso que yo diga.... Tengo que ir corriendo.... Ya quisiera haberselo dicho à V... Ah! que va à ser de V. cuando sepa nuestra desdicha.

Toda la familia fué à comer ayer à Chillon. El señor Baron, que iba à Saboya à pasar unos dias en la quinta de Blonay, se fué despues de comer. Le acompañamos algunos pasos, y luego nos paseamos por el muelle. La señora de Orbe y la señora Bailia iban delante con mi amo. Mi señora seguia llevando de una mano à Henrieta, y de la otra à Marcelino; yo iba detras con el mas grande. El señor Bailio, que se habia quedado hablando con uno vino à reunirse con la sociedad, y ofreció el brazo à mi ama. Para cogerle me envia à Marcelino, que viene à todo correr ha-

(1) El castillo de Chillon, morada antigua de los bailios de Vevay, está situado en el lago, encima de una roca que forma una peninsula, y en torno de la cual he visto sondear à mas de ciento y cincuenta brazas, sin encontrar fondo. En esta roca se han abierto bodegas y cocinas debajo del nivel del agua, que se introduce cuando se quiere en ellas por medio de espitas. Aquí estuvo preso seis años Francisco Bonniard, prior de San Victor, varon de sobresaliente merito, de rectitud y entereza incontestable, amante de la libertad aunque saboyano, y tolerante aunque clerigo. En cuanto à lo demas, el tiempo en que parece que se escribieron estas cartas, ya hacia muchos años que no habitaban los bailios de Vevay en el castillo de Chillon. Puede el lector suponer, si quiere, que el que lo era entonces habia ido à pasar en él algunos dias.

cía mi; yo acudo á él; pero pone el pie en falso, resbala, y se cae en el agua. Doy yo un chillido, se vuelve mi señora, ve caer á su hijo, echa á correr como un relampago, y se tira al lago tras de él...

¡Ah! desventurada! Si hubiera yo hecho lo mismo! Si me hubiera ahogado!... Ay! estaba conteniendo al mayor que se queria arrojar tras de su madre... Mi ama bregaba con el niño en los brazos... No había allí ni hombre ni barco, y se tardó tiempo en sacarla... El niño está bueno, pero la madre... el susto, la caída, el estado en que se hallaba... ¿Quien mejor que yo sabe lo peligroso que es esta caída? Estuvo mucho tiempo sin sentido. Apenas hubo vuelto en sí, cuando preguntó por su hijo... ¿con que demostraciones de alegría le abrazaba! Creí que estaba fuera de peligro, pero esta viveza se apagó de allí á un instante. Quiso que la trajeran aquí, y en el camino se ha desmayado varias veces. Por algunas ordenes que me ha dado veo que no cree levantar cabeza. Que desdicha es la mía! no sanará. La señora de Orbe está mas desfigurada que ella. Todo el mundo está con una zozobra... Yo estoy mas serena que nadie... Porque me he de asustar? Ay, mi buena ama! si la pierdo no necesito de cosa ninguna... Oh mi amado señor! Dios le de fuerzas para esta prueba!.. A Dios... El medico sale del cuarto... Voy á ver lo que dice... Si nos da algunas buenas esperanzas se lo pondré á V.; si no le digo nada...

CARTA X.

A SAN PREUX (1).

Muerte de Julia.

Esro se acabó; imprudente hombre, hombre desventurado, desdichado visionario! Nunca mas la verá... el velo... Julia no es...

Le ha escrito á V. Aguarde su carta, honre su postrera voluntad. Grandes

obligaciones le quedan á V. que desempeñar en la tierra.

CARTA XI.

DEL SEÑOR DE WOLMAR A SAN PREUX.

He dejado pasar los primeros dolores de V. en silencio; mi carta no hubiera hecho otra cosa que exasperarlos, y ni estaba V. en estado de informarse de estas circunstancias, ni yo de contarlas. Hoy acaso nos serán gratas á entrambos. Solo memorias me quedan de ella, y se complace mi corazón en reunir las. V. ya solo lllantos tiene que consagrarle, y tendrá el consuelo de derramarlos por ella. A mi no me fué dada esta satisfaccion de los desventurados; en mi infortunio, soy mas desdichado que ellos.

No quiero hablar á V. de su enfermedad, sino de ella. Otras madres pueden arrojar al agua detras de su hijo; el accidente, la calentura y la muerte son de la naturaleza, que esta es la comun suerte de los mortales; pero el empleo de sus postrimeros instantes, sus pláticas, sus afectos, su alma, todo esto solo á Julia pertenece. No ha vivido como ninguna otra, y nadie que yo sepa la muerte como ella. Esto solo yo he podido observar, y solo de mí puede V. saberlo.

Ya V. sabe que el susto, la emocion, la caída, la evacuacion del agua, le ocasionaron un largo desmayo, del cual no volvió bien hasta estar aquí. Asi que llegó preguntó por su hijo; trajeronsele; y apenas le hubo visto andar y responder á sus cariños, cuando se serenó enteramente, y consintió en sossegar un rato. Fué corto su sueño y como todavia no llegase el medico, mientras venia nos hizo sentar en torno de su cama á la Paca, á su prima y á mí, y nos habló de sus hijos, del continuo esmero que á su lado requeria, la forma de educacion que habia adoptado, y el peligro de descuidarse con ellos un instante. Sin hablar de su enfermedad, como de cosa que le daba sumo cuidado, preveia que no le permitira por algun

tiempo desempeñar su parte de estos afanes, y nos encargaba que nos reparáramos la que á ella le cabia entre las nuestras.

Se esplayó acerca de sus proyectos, de los de V., de los medios mas eficaces para su logro, de las observaciones que habia hecho sobre lo que podia serles ventajoso ó perjudicial, finalmente de todo cuanto podia ponernos en estado de suplir sus funciones de madre todo el espacio de tiempo que se viese ella forzada á suspenderlas. Muchas precauciones eran estas, me pensaba yo, para una que solo por algunos dias se creia privada de tan grata ocupacion; pero lo que completó mi susto fué ver que hablando de Henrieta se esplayaba en muy mas menudas circunstancias. Habia se ceñido á lo que solo á la primera infancia de sus hijos respetaba, como descargándose en otro de los cuidados de su edad adulta; tratándose de su hija abrazó todas las edades, y persuadida á que nadie en este punto supliria las reflexiones que le habia dictado su propia esperiencia, nos espuso sumariamente, pero con claridad y fuerza, el plan de educacion que para ella habia formado, usando con su madre las mas vehementes razones y las mas afectuosas exhortaciones para persuadirla á que le siguiese.

No podian menos de acalorar la plática todas estas ideas sobre la educacion de las jóvenes, y las obligaciones de las madres mezcladas con frecuentes alusiones acerca de ella propia. Vi que se animaba mucho: Clara tenia en su mano una de su prima, y á cada instante la apretaba con sus labios sin responder mas que con sollozos; no estaba mas serena la Paca, y en Julia noté que tambien se le asomaban las lagrimas á los ojos, pero que no se atrevia á llorar por temor de sobresaltarnos mas. Al punto dije entre mí: se ve muerta. La unica esperanza que me quedó fué que podia el susto engañarla acerca de su estado y hacerle ver el riesgo mas grave de lo que era realmente. Por desgracia la conocia sobrado para esperar mucho de este error. Me habia probado

repetidas veces á calmarla, supliqué de nuevo que no se agitara fuera de sazón con pláticas que se podian volver á entablar despacio otra vez. Ah, dijo, nada perjudica tanto á las mugeres como el silencio, y luego me siento con alguna calentura; lo mismo es emplear la gana de charlar que inspira en asuntos utiles que en desvariar sin ton ni son.

Causó en la casa la llegada del medico una turbacion que no es dable espresar. Todos los criados, unos sobre otros aguardaban á la puerta del cuarto, desatentados los ojos, y juntas las manos, su dictamen acerca del estado de su ama, como el fallo de su suerte. Puso ese espectáculo á la pobre Clara en tal agitacion que me temí que perdiera la cabeza, y fué menester desviarlos con distintos pretextos para apartar de sus ojos este objeto de terror. Dió el medico algunas esperanzas vagas, pero en un tono que me las quitaba. Tampoco dijo Julia lo que pensaba, porque la contenia la presencia de su prima. Cuando salió el medico le seguí yo; Clara quiso hacer lo mismo, pero la detuvo Julia, y me hizo una seña que entendí yo al instante. Dime prieta en avisar al medico que si habia peligro era menester escondersele á la señora de Orbe con el mismo y mas cuidado que á la enferma, porque no acabara de turbarla la desesperacion y la pusiera en la imposibilidad de servir á su amiga. Declaró que efectivamente habia peligro; pero que como apenas se habian pasado veinte y cuatro horas despues del accidente, era menester mas tiempo para asentar un pronóstico cierto, que la noche inmediata decidiria del curso de la enfermedad, y que no podia fallar hasta el tercer dia. La Paca presenció sola esta conferencia, y despues de haberla persuadido, no sin dificultad á que se contuviese, convenimos en lo que habia de decirle á la señora de Orbe y á los demas de la casa.

Al anochecer obligó Julia á su prima, que habia pasado la noche anterior á su lado, y que tambien queria hablarla aquella á que se fuera á descansar

(1) Empezada por la señora de Orbe, y concluida por el señor de Wolmar.